

rios y exigidos por la terrible desgracia de que era fatalmente víctima. Así no se desconcertó, como suele suceder siempre á quien toma resoluciones supremas y se atiene á sus consecuencias. El sacrificio estaba maduramente decidido en su interior y no podia faltar á esta decision. Iba á perderse; pero iba tambien á salvar á su amada.

Frotábase el Podestá las manos, y guiñaba á sus compañeros los ojos, como creyendo asistir á una escena de amorosa comedia. La noche, el galan, la primavera, los cánticos del ruiseñor, la fuga, la escala pendiente primero de una ventana y tirada luego en tierra, todo esto componia la trama del mas interesante episodio dramático que puede imaginarse. Ya abrian él y su ronda los oidos y la boca para escuchar el relato y saber la protagonista, soltando luego al salteador con un sermón muy sério contra el exceso de las humanas pasiones, dicho en tono de broma y de chacota.

Mas, al dia siguiente, Florencia contaba ya nuevo cuento que añadir á los innumerables de sus grandes novelistas. Quizá, pensaba el Podestá, haya algo del risueño, en que voluntariosa niña engañe á su padre y reciba á su amante, so pretexto de oír las serenatas del músico de los bosques. Quizás alguna elevada matrona cae de su alta reputacion y engaña miserablemente á su marido. Por consecuencia el asunto se prestaba muy bien á la curiosidad del Podestá y á la murmuracion general.

—Jovencito, jovencito inexperto ¿cómo os llamais?

Hugo dió su nombre secamente.

—¡Vamos! ¿aventuras amorosas tenemos?

Hugo meneó la cabeza denegando con firmeza la aseveracion del magistrado, que sonreía sarcásticamente.

—No negueis, todo os delata: la hora, la escala, el talante, la edad, la apostura.

—Siento decir á la justicia de mi ciudad que se engaña.

—¿Cuál otro móvil puede empujar á un mozo de vuestras prendas á gatear por las alturas y á correr por estas profundidades.

—¿Teneis por ventura en vuestra mente definidos y sistematizados los móviles todos de las acciones humanas?

—Yo no; pero larga experiencia me lleva derechamente á presentir y adivinar todo lo que en achaques de la naturaleza humana suele acontecer.

—Pues me parece que os equivocais.

—Aquí en esta calle suele haber doncellas de pró.

—No me quitan el sueño.

—Ahí en la misma casa que habeis escalado ó ibais á escalar, vive una Stella que vale un reino.

Al oír esta ofensa á su dama, perdió Hugo la luz de los ojos. Voluntariamente hubiera arremetido con el Podestá y castigado su ofensiva sospe-

cha, á no detenerle el sentimiento profundo de que con esta imprudencia delataba y perdía á su amada. Dueño de sí, dominando todas sus pasiones, con el freno de su indómita voluntad puesto á las salidas de su carácter, reprimióse ejerciendo soberano imperio sobre sí mismo, como si él fuese magistrado, y el magistrado reo.

Así es que, llevando las cosas allí donde su deseo las encaminaba, hizo ver como desconocia la naturaleza humana, y por lo mismo ignoraba el móvil de su ascencion y el objeto para cuyo logro exigiera y elevára la misteriosa escala. En esta porfía le dijo distraendo su atencion de la verdad que, desde el comienzo habia adivinado el Podestá, le dijo con rabia.

—No habeis comprendido que, viniendo á este rico barrio en las sombras de la noche, y asestando mi escala á este palacio, en cuyo tejado estaban mis cómplices, venia por la bolsa agena y no por la agena mujer.

El Podestá y sus guardias lanzaron una carcajada en cuanto oyeron aquella proposicion, que en su sentir rayaba en desvario. Pero Hugo, que como hemos dicho mas arriba, tenia invencibles inclinaciones al arte de cerrajero, y llevaba siempre sobre sí multitud de llaves y llavines, sonó como á la descuidada su bolsa y reveló en parte el indicio principal sobre que podia fundar su propia delacion.

El efecto fué tal y como lo ideara. Un manojito de llaves unido á una escala bastaba, como plena prueba en aquellos tiempos en que tan imperfectos eran todavia los procedimientos, tan intrincados los juicios, tan confusas las nociones sobre derecho. Así es que el Podestá, en cuanto oyó el ruido, mandó que registraran al reo; y en cuanto le registraron y vió las pruebas en el número de llaves encontradas, se dejó arrastrar de este indicio, como ántes del otro, y dispuso que Hugo fuera conducido inmediatamente á las cárceles de su palacio, el cual todavia se denomina hoy Bargheolo. Conseguido este resultado, dilató Hugo su pecho de tal suerte, que cualquiera se hubiese convencido al momento de cuán libre era su antes fatigosa respiracion y cuán cambiado estaba su ánimo, conducido por la mas penosa incertidumbre á la mas segura confianza. Y en efecto, al pasar por delante de las rejas de Stella, dirigióles una mirada, cuyo sentido nadie podia adivinar, pero que revelaba lo profundo de su pena y lo inmenso de su sacrificio.

—Que busque, decía para sí, que busque tu padre en buena hora otro tan valeroso como yo; otro hombre capaz de arrostrar por su amada, no ya la muerte, cosa baladí, sino hasta el deshonor y la infamia. Mi secreto perecerá conmigo, porque nadie podrá revelarlo en la tierra, pero mi memoria quedará impresa indeleblemente en el alma de mi amada. No habré podido llamarme su esposo, ni compartir con ella mi vida; pero nadie podrá negarme el derecho de haberlo merecido por mi amor. La cárcel me aguarda, el verdugo colgará mi cuerpo de la horca y arrojará mis restos á

la fosa infame de los ahorcados, el mundo me creará un ladrón; pero á medida que mis penas crezcan, crecerán también con ellas el amor inmenso y la admiración sin límites de mi idolatrada Stella.

En efecto, las cárceles del Barghelo admitieron al delincuente que acababa de delatarse á sí mismo en aquel amargo trance. De cuantas investigaciones se hicieron, de cuantas noticias se tomaron, resultó que ninguno de sus amigos y parientes le habia conocido jamás ni ese ni otro amor. Era su vida en este punto de tal severidad, que le creían todos cuantos le trataban destinado mas pronto ó mas tarde á la iglesia. Semejantes informes corroboraron mas su declaración y fueron mero indicio de que no habia mentido al Podestá. En cambio se encontraron en su estrecha casa llaves, cerraduras, escoplos, martillos, instrumentos que confirmaban mas y mas su crimen. No se contentaron sus jueces con esto; como exigian aquellos tiempos, pusieronlo á cuestion de tormento. En el potro no se desmintió su firmeza ni un minuto. Cuanto mas le oprimian los piés en los borceguies de hierro, mas altamente declaraba que su móvil único habia sido el robo, como el robo su objeto principalísimo al dedicarse con tanto ahinco al oficio de la cerrajería. Agotadas las pruebas, se procedió á la sentencia, que fué como debia esperarse en semejantes tiempos, una sentencia de muerte.

Mucho apego tenia Hugo á la vida, pero mucho mas apego al honor de la mujer á quien consagraba su existencia entera. Así es que aceptó la muerte con una alegría impropia de sus años y de las risueñas esperanzas que debian sonreírle con gratísima sonrisa. Pero cuando pensaba qué hubiera dicho Florencia de su idolatrada Stella, cómo todas las lenguas le hubieran inferido multitud de agravios, cómo su nombre hubiera corrido de boca en boca, aun le parecia mezquino el holocausto ofrecido en el sacro altar de su pureza. Mil veces le dijo que no queria vivir, cuando ella fuera muerta; pues menos debia querer vivir, cuando fuera deshonrada. Si algo mas que la vida y la fama le quedara, algo mas diera aquel hombre exaltadísimo por la hermosa mujer á quien habia consagrado sus primeros y sus últimos amores.

La justicia corrió sus intrincados trámites y decidióse con mas precipitación que madurez la suerte de Hugo. Quizás su sentencia fuera una de tantas extrañas como solian dar de sí las rivalidades entre notarios y jueces, mútuos enemigos por tener sus sendas profesiones ineludible necesidad la una de la otra. Así es que se preparó, se sustanció, se vió, se decidió y sentenció la causa en bien pocos dias, por no haber mediado ni dádiva ni cohecho: que solian los jueces torcer las leyes al peso de una liebre fresca, y poner en la balanza de la justicia, para que contrastaran la gravedad de la razon y del derecho, un cerdo, un buey, una vaca preñada. Y no hay que decir cuanto pesaria en balanza tan fina y sensible, un buen bolso de oro.

Así es que en Florencia constantemente murmuraba la muchedumbre de las resoluciones de sus jueces y constantemente iba el Podestá armado de piés á cabeza, temiendo encontrar en cualquier palo nudoso y torcido, que empuñara y manejara mano vengativa y fuerte, una lección de derecho metida en el cuerpo violentamente por cualquier postigo abierto en las costillas. Aun no gritaba fuerte un comprador, no corria de prisa un caballo, no jacareaba y metia ruido un muchacho, cuando ya se doblaban las guardias del Podestá ó se corrian los cerrojos, temiendo y con razon que el pueblo se presentara á tomar por sí mismo la regateada justicia.

Si registráis los autores del tiempo, encontrareis tipos innumerebles de jueces que mas ó menos recargados por el sarcasmo, y tirando por tanto á caricatura, muestran el estado de la justicia en aquellos tiempos de la Edad Media tan llorada hoy por los reaccionarios del mundo. Muchas veces se contrataban los magistrados como pudieran contratarse los farsantes, y aunque por regla general todos estudiaban por entonces en la ciudad que era como la Salamanca de Italia, en Bolonia, encontrábase los juriconsultos bolonios mas baratos que en ninguna otra parte en la Marca de Ancona, por baratos y á vil precio, ignorantes de toda ciencia, sin ninguna noción de justicia, codiciosos y avaros; propios para tirar por su fuerza de una carreta, é impropios para sentarse por su justificación y por su mérito en las sillas de un tribunal. Los habia tales, que les diérais una caldera para que la restañasen y no un pleito para que lo decidiesen. Ved á ese que ocupa el tribunal; con cara encendida por el vino y ojos legañosos y amoratados por el insomnio; á la cabeza birrete descomunal verde y ahumado, bajo cuyas mugrientas sedas se desprenden cabellos enmarañadísimos á guisa de estopa; los dientes tambaleándose y abriendo paso á la respiración y á la saliva salpicada sobre los oyentes; las manos sin guantes, pero como si los tuvieran negrísimos por las enormes manchas de tinta; una escribanía portátil á la cintura; juboncillo mas largo que su toga y calzones á media pierna; trage tan estrecho que se abria al menor movimiento, de suerte que un chusco, yéndose por debajo del tablado donde tenia la justicia su sòlio, al momento mismo de levantarse el juez para dictar el fallo de un pleito entre dos contendientes, le tira de los dichosos calzones y lo deja á la vista de todo el mundo, poco mas ó menos, como estaba nuestro primer padre, antes de su culpa, en el inocente paraíso.

Tales jueces encajaban encima del pobre Hugo todos los procedimientos naturales de aquellos tiempos, molestándole con preguntas continuas para sacarle del cuerpo la verdad entera, con tanta maña en sus declaraciones encubierta, que logró elevar á la categoría de un artículo de fé la supuesta tentativa de robo, único medio encontrado de salvar el acrisolado honor de su dama. Como el reo era también acusador, le hicieron jurar que su testimonio correspondia completamente á la verdad, amenazándole en caso con-

trario con una multa; le otorgaron tres días para proveerse en justa defensa; le permitieron veinticuatro horas de reflexion solitaria en su calabozo antes de sujetarlo á cuestion de tormento; y discutieron mucho si le habian de cortar una oreja ó romper una pierna, ó arrancarle los pelos de la cabeza y las uñas de los dedos, ó deshacerle uno á uno todos los dientes, ó quemarle las plantas de los piés, ó tenderlo en los aires pendiente de una cuerda y subirlo y bajarlo cien veces hasta concluir con él, como suelen los muchachos con los polichinelas y los juguetes, ó meramente, y por compasion; enviarlo con toda llaneza á la horca para que diera pronto en el otro barrio la debida cuenta de su crimen. Por fin cayeron en este último expediente y á una le mandaron ahorcar los señores jueces que entendieron con tal sabiduría en tan ruidosa causa.

Triste cosa á la verdad para el pobre Hugo renunciar á una vida que tan risueña se le presentaba y á un mundo en que podia gustar el amor que lo convierte en luminoso cielo. Triste cosa no tornar á ver la amada esposa de su alma, á quien ni siquiera podia decir la causa de su muerte. La siniestra bandera que anunciaba los reos de última pena á la poblacion, flotaba ya en la ventana mayor del palacio de los Podestás. La milagrosa Virgen del Mercado Viejo, á quien los condenados se encomendaban, tenia ya sus luces y sus ofrendas. Habíase dispuesto cuanto necesitaba para pasar de esta vida Hugo, el cual pidió por único favor que lo llevaran al patíbulo por la calle de Bardi, testigo de su crimen, á fin de recordarlo con mas viveza y arrepentirse de él con mas verdad en el momento de presentarse ante Dios, segun dijo, y en realidad á fin de dirigir una última mirada á la ventana querida de la mujer á quien sacrificaba su nombre, su honra, su memoria y su vida. Ya os podeis imaginar el cortejo, los guardias que irian, las cofradías con sus signos religiosos, el verdugo y sus sayones, los confesores de las diversas órdenes monásticas, el pueblo maravillado de un reo, tan apuesto, caído bajo una sentencia tan dura y por un tan incomprensible delito. El redoble de los atambores, el estridente chirrido de los clarines, el cántico fúnebre de los monjes, el grito de las cofradías que pedian misericordia al cielo y á la caridad limosnas para el reo, los clamores de la poblacion compadecida inspiraban los escalofrios del verdadero horror á cuantos veian aquel horrible espectáculo. Solamente Hugo estaba resignado y tranquilo, lleno de la satisfaccion que supera y vence á todas las satisfacciones humanas, lleno del contento de sí mismo, por tener fuerza bastante á consumir este sacrificio.

Al cabo el cortejo llega á la calle de Bardi, donde se perpetrara el crimen y cayera preso el reo. Stella que desde la noche del apresamiento, nada sabia de su amado, al verlo así, adivina por súbita intuicion del alma, transfigurada en el amor, todo cuanto en aquella hora trágica le sucede. Fuera de sí, atropellando por todo, sale, detiene al reo, se lanza á sus bra-

zos, vuelve la cabeza al fúnebre cortejo, y dice que la escuchen, con tal acento de verdad en la voz, con tal ademán de imperio en el gesto, con tal elocuencia en la palabra, que todos se detienen y todos la obedecen. No podia menos de suceder esto, si atendemos á la general conviccion brigada por jueces y por público de que aquel crimen y aquel criminal traian necesariamente consigo algun misterio impenetrable. La extraña aparicion de la hermosa y dolorida doncella confirmó la general sospecha. Así es que le prestaron cuantos la vieron un oido atento.

—Ese que veis ahí, no puede ser vuestra víctima, dijo, cuando es mi esposo, y por ocultar las nupcias de nuestras dos almas, y preservarme de esos áspides llamados las lenguas florentinas, vá á la horca, prefiriendo mi honor al suyo, y dándose por mi vida la muerte.

—¡Stella! ¡Stella!

Gritó Hugo desesperado.

—¿Qué quieres? Dijo esta. ¿Qué te deje ir solo al sepulcro? Pues no puedo humanamente hacerlo. Ya que mueres por mi, muera yo contigo. Preparad dos horcas, que si hay crimen, somos dos criminales. Moriremos contentos, con tal que despues de muertos nos enterreis en el mismo ataud, único tálamo permitido ya á nuestras castas bodas.

Al impulso de estas exclamaciones, dichas con ímpetu incontrastable y con elocuencia arrebatadora, todo el mundo lloraba.

—Si yo os digo la noche en que lo prendisteis; si digo que fué al bajar de mi casa; si os pruebo con una carta suya que, al escalar este palacio, no lo escaló por codicia, sino por amor, y casto, y puro, y santo, por amor que no hubiera tenido ninguna satisfaccion material, sino despues del consentimiento de mi padre y de la bendicion de mi Iglesia ¿os convencereis de que estais ante un inocente, y devolvereis la vida y la fama que tenia perdidas por el nombre y el honor de su esposa? Sí, preso al bajar de mi estancia, conducido al Barghelo, ya veis como adivino cuanto sucedió, delatóse de ladron y de asesino para no acusarse de amante. Pues amante era, á mi lado habia pasado la noche, en coloquio cuya pureza sabemos nosotros dos y Dios del cielo, y entre juramentos de casarnos, cuando hubiera probado por actos heróicos que era digno de entrar en la familia ilustre á que pertenezco, encabezada por un héroe como mi padre. Ahora ya veis la índole del reo que lleváis á la horca y la naturaleza del delito que ha cometido. Si algun cómplice tiene, vedlo aquí, yo soy, yo me entrego por tanto al verdugo, que debe colgarnos de la misma horca y hacernos morir de la misma muerte. Pero premio merece, y no patíbulo el jóven animoso que prefiere al deshonor de su dama su propio deshonor y la muerte. Honra será de nuestra República, orgullo de su tiempo, ejemplo de los venideros, modelo de gentiles-hombres, compendio de sentimientos caballerescos,

y no reo, ese á quien rodeábais para castigar con afrentoso suplicio por un crimen, que resulta acto de verdadera virtud que la justicia de Dios hubie-  
ra premiado con una corona de estrellas en el cielo.

Inútil decir cuanto pasaria despues de esta escena. El reo fué nuevamen-  
te conducido al Barghelo, y tras una investigacion que confirmó punto por  
punto el relato de Stella, rehabilitado en su honor y devuelto á la libertad.  
El padre de la hermosa jóven, que deseaba yerno valeroso y heróico, no  
pudo encontrarlo mas á medida de su deseo. Florencia comentó el hecho  
y lo grabó entre los mas extraordinarios de sus maravillosos anales. Y de  
este amor tuvo en su alma algun fuego el artista Filippo Lippi, y de este  
matrimonio alguna sangre tuvo en sus encendidas venas.

...y dándose por su vida la muerte.  
...Stella.  
...Hugo desaparecido.  
...Que quiere. Dijo esta. Que te he de decir si solo al sepulcro, pues no  
puedo humanamente hacerlo. Ya que quieres por mi muerte no contes-  
tiparás dos horas que si hay tiempo, somos dos criminales. Muere  
nos contentes con tal que despues de muertos nos eñterren en el mismo  
tand, unico talamo permitido ya á nuestras castas bodas.  
...Al impulso de estas exanimaciones, dichas con unipera incontinencia y  
con elocuencia arrebatadora, todo el mundo habia quedado en silencio.  
...Si yo os digo la noche en que lo prendisierais, si digo que fue al bajar  
de mi casa, si os pudiese con una carta suya que al recibir, esas palabras  
lo escalo por colicida, sino por amor, y encañal y budo, y santo, por amor  
que no habia tenido ninguna satisfacción ni de sí mismo, sino despues del con-  
sentimiento de mi padre y de la de la madre. ...  
de que estais ante un inocente, y devolvete la vida y la fama que tanta  
perdida por el nombre y el honor de su esposa. Si os pudiese al bajar de mi  
estancia, conducido al Barghelo, ya veis como sobrevino cuanto sucedió de  
lato de la vida y de la vida para no serais de amante. Pues amaria en  
a mi lado habia pasado la noche, en el otro lado de la vida, y en el otro  
dos y Dios del cielo, y entre momentos de castidad cuando habia pro-  
bado por actos heroicos que en digno de entrar en la familia, y que  
perteneció, encubierta por un acto como mi padre. Ahora ya veis la  
habia del reo que llevaba á la hora y la hora del reo, que la co-  
metido. Si algun complice tiene, vedlo, pádi, yo soy, y como cargo por  
tanto al verdugo, que debe colgarlos de la misma horca y seremos morri-  
de la misma muerte. Pero premio merecido, y no habia el jóven animoso  
que preñere el deshonra de su dama su propio deshonra y la muerte. La  
ra sea de nuestra República, orgullo de su tiempo, ejemplo de los que  
ros, modelo de gentiles-hombres, compendio de sentimientos capallarescos.

### CAPITULO XII.

De como no están solamente en el purgatorio las almas en pena.

Volvamos al relato de nuestra historia. Cuanto mas se acercaba el ins-  
tante de su boda, mas clara veia Lucrecia su completa imposibilidad. Para  
una alma tierna ni hay dicha como el matrimonio nacido de un amor ver-  
dadero, ni hay desdicha como el matrimonio impuesto por la fuerza. El  
humano albedrío se estrella en el mas rebelde y voluntarioso de nuestros  
órganos, en el corazon. Las meditaciones profundas y reflexivas no alcan-  
zan imperio alguno sobre sus latidos; porque de un solo arranque derriba  
todo un sistema. En la mujer, con especialidad, predomina aquel elemento,  
que llaman los escolásticos vida afectiva, sobreponiéndose á la vida intelec-  
tual y social. Pues la vida afectiva, debe nutrirse de afecto. Y el mayor  
suplicio á que puede condenarse un alma apasionada es á fingir la pasion  
por excelencia sincera, á fingir el amor. Así es que Lucrecia veia su exis-  
tencia concluida y deseaba encerrarse en el panteon propio de su desgracia,  
en el frio seno de un convento. En otra época menos cristiana seguramen-  
te se diera á sí misma la muerte. Mas, ya que no puede abandonar la vida,  
prefiere rusueltamente á contraer su matrimonio, abandonar el mundo. A  
la verdad todo es preferible á prestar el homenaje de la vida al ser á quien  
desama el corazon. Aquellos que tienen otras compensaciones á la pasion  
avasalladora por excelencia, el reposo de la contemplacion y del estudio ó  
el empleo en la guerra y en el trabajo; los que pueden esplayar su ánimo  
por los senos de la vida pública, rica en accidentes, que despiertan variadas  
emociones; renuncien de grado al amor, si les place, ó se resignen á un hogar  
frio y triste donde haga el deber oficios de pasion; pero la ternura, la deli-